

## **Domingo XIV (C) – Roma, Casa Generalicia – Curso de Superiores OCist**

*Lecturas: Isaías 66,10-14; Gálatas 6,14-18; Lucas 10,1-12.17-20*

“Poneos en camino: mirad que os envío como corderos en medio de lobos” (Lc 10,3)

Esta sorprendente indicación de Jesús a los discípulos, a los que envía a preparar su venida “a todas las ciudades y sitios adonde él debía ir” (Lc 10,1), antes que una instrucción pastoral o misionera es una revelación de sí mismo, una descripción del misterio de su persona y de su misión. Es decir, es una palabra con la que Jesús nos expresa todo su ser, todo su misterio, toda la parábola de su vida. Una palabra que Jesús nos comunica con el nacimiento en Belén, la huida a Egipto, la vida escondida en Nazaret, la vida pública sobre los caminos de Galilea y de Judea; y, sobre todo, con la pasión, muerte y resurrección en Jerusalén. Él es el primero y verdadero Cordero enviado por el Padre en medio de lobos, que ha abrazado tanto su misión hasta hacerse Cordero inmolado, también por la salvación de los lobos, por la transformación escatológica de los lobos en corderos, como profetiza Isaías: “el lobo morará con el cordero” (Is 11,6). Y Cristo permanece como Cordero inmolado, aunque resucitado y glorioso, esposo y modelo de la Iglesia, en la Jerusalén celestial (cfr. Ap 5,6). Y como Cordero inmolado y viviente, continúa transmitiendo a la Iglesia la misión de seguirle caminando como corderos en medio de lobos, es decir, de caminar hasta los confines del amor, de la caridad de Cristo.

La evangelización, tanto la antigua como la nueva, la evangelización que por naturaleza es siempre nueva, debería constantemente estar animada por esta invitación de Jesús que revela a nuestra libertad el secreto y la naturaleza de todo empeño de seguimiento y misión cristiana.

Todas las demás indicaciones que Jesús hace a sus discípulos en este evangelio no son más que resonancia de ésta, no son más que aspectos particulares y declinaciones prácticas de lo que significa ser cordero enviado como Jesús, con Jesús, en Jesús, en medio de lobos. La pobreza, la sobriedad de los medios y de la vestimenta, la sencillez en las relaciones, la paz que se lleva a las casas, pero también el poder de curar a los enfermos, de anunciar que el Reino está cerca, no es otra cosa que la explicación y realización de la misión fundamental de la vida: la de encarnar con humildad la gracia de seguir, amar y representar “al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

El poder que en el nombre de Cristo somete a sus discípulos incluso los demonios, “el poder de pisotear serpientes y escorpiones y sobre toda fuerza del enemigo”, y no ser dañados por nada (Lc 10,17.19), todo este poder está encerrado paradójicamente en la debilidad mansa y humilde del Cordero de Dios que nos une a Sí, y que en su corazón lleva nuestros nombres ante el Padre en los cielos. El poder de los discípulos enviados por Cristo es, tomando la expresión de un famoso filósofo disidente checo, un “poder de los sin poder”, la fuerza de quien está libre del poder, libre, sobre todo, de la sed de poder, libre de la sed de la ganancia de sí, libre de las ambiciones, libre del deseo de tener éxito, incluso un éxito “espiritual”: “Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan, sino de que vuestros nombres ya estén escritos en el” (Lc 10,20).

La libertad nace y crece en nosotros con el cultivo de la comunión que Dios ha tomado la iniciativa de instaurar con cada uno de nosotros, y para siempre, hasta la eternidad. El Padre nos conoce por el nombre. En la Trinidad se habla de cada uno de nosotros, por el nombre. En Dios hay una atención personal para cada pequeño discípulo de Cristo, para cada ser humano. Esta es la verdadera alegría, la que siempre podemos desear, y que, si se cultiva, nos libera de la tristeza de la ambición de nuestra gloria, que es una ambición siempre desilusionante y que nos separa de los demás.

De esta forma, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo es para nosotros la fuente de la comunión y de la misión, es decir, Aquél en quien estamos unidos, al que pertenecemos, y, al mismo tiempo, Aquél del cual y en el cual somos enviados, en el que vivimos nuestra vocación y misión. Porque la verdadera misión es la comunión de Cristo y en Cristo con todos, la comunión que debemos llevar también “en medio de los lobos”.

También cuando meditamos sobre nuestra vocación monástica y pastoral, cuando nos preguntamos lo que debe significar nuestra misión de cistercienses, nuestra misión de abades y abadesas, de superiores, cuando nos preguntamos qué debemos hacer de nuestras comunidades, no debemos olvidar que ningún carisma cristiano y ningún estado de vida pueden proponer otra forma de vocación y misión que no sea la del Cordero de Dios enviado por el Padre a salvar al mundo, ofreciéndose a todos como sacrificio de comunión. El Cordero es la imagen del Corazón de Cristo enviado al mundo para encontrar a todos los hombres, para encontrar todo lo que hay en el hombre que es contrario al amor de Dios, para encontrar todas las lanzas que hiriendo este Corazón obtienen para Él, hoy y siempre de nuevo, el agua y la sangre de la Redención, de la Misericordia de Dios (cfr. Jn 19,34).

San Pablo, en la segunda lectura sacada de la carta a los Gálatas, se impacienta ante quien quiera definir la vocación y misión cristiana según criterios y valores de fuerza y poder humanos, cuando para Él solo la Cruz es el modelo y la fuente de vida nueva: “En adelante nadie me moleste, pues llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús” (Gal 6,17). Pablo ha asumido en sí mismo la ofrenda del Cordero crucificado, se ha hecho cordero con el Cordero al que ha sacrificado y consagrado todo el valor de su vida: “En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si nos es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!” (Gal 6,14).

Todo el camino de la Regla de san Benito y el carisma cisterciense en su verdad profunda nos quieren conducir a esta verdad de vida, a esta transparencia de nosotros mismos ante el Cristo pascual, Cordero inmolado y vivo. Estamos llamados a seguir y proponer a nuestros hermanos y hermanas un camino de humildad y mansedumbre que conduce a la caridad sin temor (cfr. RB Pról. 45-50; 7,67-70; 72). Sí, precisamente un camino de corderos que van con fe y amor también en medio de lobos, para permitir redimir el mundo al único verdadero Cordero inocente.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*